

Santos Domínguez Ramos

*El dueño
del eclipse*





Santos Domínguez Ramos

*El dueño
del eclipse*

XXXII PREMIO DE POESÍA CIUDAD DE BADAJOZ

algaida



Un jurado compuesto por Jaime Álvarez-Buiza,
Juan Manuel Cardoso Carballo, María del
Rosario Cuevas Zamora, Jon Juaristi Linacero,
José Antonio Ramírez Lozano, Ángel Sánchez Pascual,
José Miguel Santiago Castelo y Diego Valverde Villena,
concedió a *El dueño del eclipse*, de Santos Domínguez Ramos,
el XXXII Premio Ciudad de Badajoz de Poesía convocado
por el Ayuntamiento de Badajoz.

© de la fotografía del autor: Enrique Cidoncha

© Santos Domínguez Ramos, 2014

© Algaida Editores, 2014

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

Composición: REGA

ISBN: 978-84-9877-983-7

Depósito legal: SE-257-2014

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*Las palabras saben de nosotros
lo que nosotros ignoramos de ellas*
(RENÉ CHAR)

En la orilla del tiempo

La lengua es la que mira
los signos descifrables del vuelo de las aves.

Su invisible mirada pone en orden el mundo
y traduce las sombras,
recorre las comarcas remotas del recuerdo,
las hondas, subterráneas corrientes minerales
donde duerme la noche, la sigilosa llama
que devora en lo oscuro
el resto intransitivo del latido.

Y es un ala de escarcha, es un ala que vuela
y remonta en lo oscuro de su oscura emergencia,
más allá de las nubes y triunfa sobre el tiempo.

Oceánica y lenta, la que mira es la lengua.

La lengua es la que ve la impalpable presencia
que siembra la semilla de la muerte
y el animal callado que emergió de la cueva,
de la ciudad prohibida en medio de la noche,
el animal que aguarda en su silencio
de peces en la sombra, en la orilla del tiempo.

Un animal de sombra
que transcurre en la sangre callada del planeta
y palpita en la nube con lluvia y con salitre
de estas horas de invierno y arenas y cristales
en la ciudad sitiada de los sueños.

I
EN LA CIUDAD DEL SUEÑO

Mañana cenarás en Siracusa

Mañana cenarás en Siracusa
(CICERÓN)

Fue cuando más ardía la isla sobre los pinos
y discurría un rumor espiral de serpientes
mientras caía la tarde más allá de las olas,
debajo de las aguas encendidas del tiempo.

Ya flotaba en el viento un artificio
de memoria y olvido,
el espacio del vértigo del interior de un sueño.

En lo oculto, en lo hondo,
en donde crece el verde silencio de las cañas,
crece también el cuenco profundo de la noche,
germina la secreta sintaxis de los sueños,
con números oscuros y templos en penumbra.

Desde los laberintos del bosque de la vida
viajas al arrabal de los recuerdos,
a un tiempo sin espacio,
a una casa sin puertas tras un círculo blanco.

A la casa del sueño, a un sueño donde eras
no sólo el personaje, también el escenario,
el perro oracular que protege la casa
y conduce al que sueña al reino de los muertos.

Eras en ese sueño el tiempo sin minutos,
los lugares, los nombres
borrosos del que sueña y del soñado,
quien pronuncia y escucha
lo que duerme en los pozos,
las opacas metáforas de una sibila oscura
que vive en tu futuro, como tú en su pasado.

Mañana cenarás en Siracusa,
oirás en ese sueño.
Pero no sabrás dónde, si en cárcel o palacio,
si acompañado o solo.

Mañana cenarás en Siracusa.
¿Y en dónde está el que sueña?

Ayer no te vi en Babilonia

(Tabla de arcilla, 3000 a. C.)

Cinco mil años pesan sobre esta arcilla viva
en la que un hombre hablaba una lengua de barro.

Como la nieve al lobo, sus palabras delatan
su extrañeza de siglos, sus tiempos estelares
y el espacio incesante y fluvial, el latido
de un corazón ausente.

Miles de años después, otra lengua diría
—y era una voz de sombra—: *Te veré en Babilonia*.
Era una voz de sombra que anunciaba la muerte
y la pira encendida para un héroe sin tiempo.

Pasaron cazadores de serpientes,
se callaron los gallos del arrabal y el viento
fue bajando a los ríos y apagando las velas.

Tiempo, espacio y el nombre de una ciudad sin sueño.

Con música insondable,
cae la sombra del hielo en el desierto y lejos,
en arroyos secretos,
beberán los caballos lentamente en la orilla.

Las cúpulas de cuarzo brillan bajo la luna.
Bajo esa misma luna sigue temblando aún
—*no te vi en Babilonia*—
la voz de arcilla frágil que escribió su temblor
con un tallo sumerio, con un punzón de ausencia.
Con un punzón de angustia esas palabras lentas
y urgentes; *no te vi en Babilonia*.

Caligrafía de arcilla, filtro amargo del labio
donde anega la sangre
las últimas raíces de un resplandor metálico,
la mecánica frágil de un frágil corazón.

Simple como una herida de escarcha en los planetas,
un pájaro de nieve sigue latiendo en ellas.